

nº 9
JACINTO SUSVIELA

RECONQUISTA DE BUENOS AIRES

A LOS ORIENTALES

DEL 18 DE JULIO DE 1806

EDITADO POR VARIOS ESTUDIANTES
DEL AULA DE HISTORIA NACIONAL.

MONTEVIDEO

IMPRENTA Y ENCUADERNACION «MONTEVIDEO NOTICIOSO», PIEDRAS 231
1896

JACINTO SUSVIELA

RECONQUISTA DE BUENOS AIRES.

A LOS ORIENTALES

DEL 18 DE JULIO DE 1806

B.1092 EDITADO POR VARIOS ESTUDIANTES
DEL AULA DE HISTORIA NACIONAL.



MONTEVIDEO

IMPRENTA Y ENCUADERNACION «MONTEVIDEO NOTICIOSO», PIEDRAS 231

1896

81,310

RECONQUISTA DE BUENOS AIRES

A LOS ORIENTALES DEL 18 DE JULIO DE 1806

Vamos á extender una página histórica de la Oriental.

Allá por el año 1806, cuando la Oriental en embrión, era un territorio de 30.000 habitantes; capital Montevideo, apostadero y plaza fuerte de la colonia española en el Plata, con menos de 8.000 habitantes, inclusos tropas y marinos; dignamente gobernada por el Brigadier de la real armada, don Pascual Ruiz Huidobro estadista y militar de grande er.tereza, energía y prudencia; dependiente del gobierno de Buenos Aires sólo en lo militar, y en conceder apela-

ción en los pleitos entre partes; alarmados por el estallido de la guerra entre España é Inglaterra: el Virrey Sobremonte reforzó á Montevideo, completamente desguarnecido, con 216 dragones y una compañía de 65 granaderos de Buenos Aires, que con los artilleros de linea y voluntarios de la plaza, formaron una guarnición de 500 hombres; mientras el señor Ruiz Huidobro hacia armar á todos los hombres de la ciudad y puerto, y tomaba otras medidas para la defensa del territorio de su gobierno.

El territorio oriental no tenía más tropas que las expresadas, algunos piquetes de caballería que guardaban la frontera del Brasil, y los voluntarios que se iban reuniendo y organizando en Montevideo y en las costas; ni otra marina que las cañoneras guarda costas, ni más rentas que las que escasamente aplicaba á sus gastos.

En esas circunstancias el 29 de junio de 1806, llegaron á Montevideo avisos particulares de que los ingleses se habían apoderado de Buenos Aires.

El señor Huidobro, ignorante de la importancia de la expedición inglesa, aumentó las medidas para la defensa de la plaza y su territorio; mientras que los montevideanos, agitados y exaltados, se reunían en calles y plazas para deliberar y acordar la reconquista.

de Buenos Aires, y los jefes y oficiales de mar y de tierra, formaban *juntas*, para acordar los medios y el modo de llevarla á cabo.

El pueblo resolvió hacer la expedición á su costa, contribuyendo con sus personas y dinero; y el 1.^o de julio ya una reunión de oficiales solicitó del gobernador 12 cañoneras con 59 hombres cada una, para emprender la reconquista: temeridad.

El gobernador parecía suspenso ante su absoluta falta de recursos, su responsabilidad por la guarda de Montevideo y su convicción de la necesidad y eficacia de una acción rápida contra Buenos Aires; pero convocándose todos los hombres de valer y de acción, todos, medio pueblo se presentó en el Fuerte pidiendo la reconquista de Buenos Aires, y ofreciendo su dinero y sus servicios para llevarla á cabo.

Influido por el entusiasmo popular, el señor Huidobro accedió á todo, entre las aclamaciones del pueblo; y el dia 5, convocó y manifestó su resolución al Cabildo; que á su vez, el dia 11, ya le urgió por la expedición, remitiéndole un dictamen de la *junta* de guerra sobre la empresa.

El 15 el gobernador escribió á Llach de Buenos Aires, que ya tenía 1.000 hombres prontos que embarcaría por Colonia, con 12 cañoneras y 5 goletas artilladas. Y continuando los apres-

tos dirigidos por la *junta* de guerra, la empresa se organizó así: el brigadier Huidobro, mandaría la expedición compuesta de 1.500 hombres de desembarco, con 17 cañoneras y 6 zumacas artilladas, todo con cañones de 9, 18, 24, 36, tripulado para combate, y costeado por el vecindario y el comercio.

Así las cosas, se observó que desde mediados de julio, 4 ó 6 buques del Comodoro sir Home Popham, vagaban al Sud de Montevideo; y aunque el señor Huidobro no los creía con medios para más que bloquear, los agentes de Buenos Aires aseguraban un desembarco.

Al mismo tiempo se recibió carta de la Colonia, del capitán de navío don Santiago Liniers, comunicando al señor Huidobro las circunstancias de Buenos Aires, y pidiéndole 500 hombres para reconquistarla: petulancia.

Oida la *junta*, opinó que se llamara y oyese á Liniers; y después de oido el 17, ella resolvió qué la expedición se hiciera bajo el mando del señor Huidobro, con el número acordado de tropas y buques.

Ya impuesto de todo lo sucedido en Buenos Aires, el 18 de julio de 1806, se reunió el Cabildo compuesto de los señores doctor don Juan Bautista Aguiar, don Manuel Pérez Balbas, don Carlos Camuso, don José Gestal, don Damián de la Peña, don Luis de la Rosa Britos,

don Manuel Solsóna, don Juan Patricio Amuti, y don José María Ortega, y declaró: Que retirado el Virrey, suspensa la Audiencia y juramentado el Cabildo de Buenos Aires, era el Brigadier de la real armada don Pascual Ruiz-Huidobro, el Jefe Supremo del Continente (el Virreinato); y como tal debía obrar y proceder para salvar á Montevideo amenazado y reconquistar á Buenos Aires. Franca declaración de la autonomía oriental, que inmediatamente iba á ser autorizada con gloriosos hechos de armas; declaración de un pueblo que tiene conciencia de su capacidad para gobernarse y defenderse, y aun para libertar pueblos hermanos.

El gobernador Ruiz Huidobro aceptó y comunicó su aceptación de la investidura popular á los pueblos del Virreinato; y como, ignorante de todo, el Virrey depuesto le pidiera fuerzas, el Jefe Supremo se las negó absolutamente.

Desde entonces disciplinados y unidos, los orientales no encontraron obstáculo que no vencieran.

Renovados y aumentados los recelos de un desembarco en Montevideo, con 800 infantes de marina que Popham conservaba abordo, la *junta* de guerra opinó el 19 de julio, que para atender á la defensa de Montevideo y á la reconquista de Buenos Aires, convenía que el Jefe Supremo permaneciera en Montevideo,

que la fuerza expedicionaria de tierra se redujera á 600 hombres, y la de mar, á 5 zumacas, 11 cañoneras y 100 marinos; y que el resto de las tropas y 6 cañoneras debian quedar para la defensa de la ciudad y puerto de Montevideo; pudiendo suplirse ambas disminuciones de la expedición, con los buques y hombres que voluntariamente armase el vecindario; se contaba con el entusiasmo popular.

El señor Huidobro aceptó el dictamen, y atento al pleno conocimiento de la actualidad de Buenos Aires, que mostraba el capitán de navio Liniers, y á las aptitudes del de igual grado, don Juan Gutierrez de la Concha, dictó el decreto nombrándolos primero y segundo jefe de la expedición, y al coronel Córdoba, Mayor General del ejército.

Era el señor Liniers hombre de bella, simpática y abierta figura; ambicioso, vivo y activo, inepto y petulante; y el señor Concha, bravo é inteligente, prudente y resuelto.

Todos querian ser de la expedición; y se resolvio que con los orientales irian todas las tropas de Buenos Aires; formando la expedición como sigue:

INFANTERIA — Una compañía *Infantería de Buenos Aires*, capitán José Ignacio Gómez, teniente Francisco de Vera, alférez Matias de la Raya: 65 hombres. *Milicias Infantería de*

Montevideo y Compañía granaderos, capitán Joaquin Chopitea, teniente Juan de Ellauri, alférez Juan Méndez Caldeira, 57 hombres; 1.^a compañía, capitán Juan Balbin González Vallejo, teniente Cristóbal Salvañach, alférez Teutonio Méndez Caldeira; abanderado Agredondo, capellán Larrañaga, con los oficiales agregados: Jaime Illi, Gerónimo Olloniego, Jaime Ferrer, Victorio García Zúñiga; 93 hombres. *Voluntarios Miñones ó Migneletes*, capitán Rafael Bufarull, teniente José Grau, 120 hombres. *Voluntarios Infantería de Marinas*, capitán Hipólito Mordreille, teniente Juan Bautista Raymond. *Artillería de Línea*, capitán Francisco Agustini, alférez José Elorga; 75 hombres. Total de infantería 483.

CABALLERÍA — Tres compañías *Dragones de Buenos Aires*, jefe, coronel Agustín Pinedo, capitanes José Espina, Florencio Nuñez, Ambrosio Pinedo, 110 hombres; *Blandengues de Buenos Aires*, 100 hombres; *Milicias de Caballería de Colonia*, jefe, capitán Pedro Manuel García, de la 1.^a compañía, teniente Martín Albin, alférez Manuel Luque; 2.^a compañía, capitán Benito Chain, teniente Antonio Vilalba, alférez Casimiro Camacho, 102 hombres. Total de caballería 312 hombres.

Todo sumaba 795 hombres, oficialmente despachados por tierra.

La expedición naval y transportes mandados por Concha, se componía de 100 marineros de Ilneá, á las órdenes del teniente de navío Juan Angel Michelena, y el de fragata Jacinto Romarate.

Pero luego sucedió que se pronunció el descontento: que todos querían ser expedicionarios; y el señor Huidobro hubo de someter á unos y contentar á otros, dejando que los *voluntarios* aumentaran la fuerza que iba por tierra hasta 795 hombres; y la naval, hasta más de 500 hombres (según Espina y Pinedo á 700).

Para costear la expedición, entregaron cañoneras artilladas, tripuladas y mantenidas á su costa: Francisco de Castro y Juan Uset, dos cañoneras, una mandada por Castro mismo, y un transporte; Pedro Berro y Francisco Errausquin, una cañonera; José Batlle y Carrés, una cañonera; el Consulado, una cañonera; Antonio Arraga, una cañonera mandada por él; José Figueira, una cañonera; Bartolomé de la Vega, doce marineros armados y costeados por él; Prudencio Murguiondo y Manuel Rodríguez, concurrieron personalmente á la expedición con sus marineros; Pedro Casaballe, con un grupo de hombres equipados y armados á su costa; Mateo Magariños ofreció sus buques para transporte y todos los depósitos de artículos navales que tenía, é hizo suscribir un premio de 10.000

pesos para la primera tropa de mar ó tierra que avanzase al enemigo.

Para el transporte por tierra, Juan José Seco, que acababa de equipar 200 jinetes para que los mandara el ayudante mayor de Blandengues, José Artigas, todavía dió 1.600 caballos; y ofrecieron todos los suyos: María A. Achucario, Margarita Viana, Juan Francisco García Zúñiga, Mateo Gallego, Joaquín de Chopitea, Juan Balbin Gonzalez Vallejo, Juan José Durán, Juan Ignacio Martínez, Martín José Artigas, Pedro Casaballe, Francisco Sierra, Felipe Pérez; y los labradores dieron bueyes y carretas.

Doña Francisca Huerta del Pino promovió suscripción popular en la Colonia con la que uniformaron las milicias de allí.

Para el mantenimiento de la tropa, además de una *suscripción general* de 10 pesos, Ignacio Mujica, saladerista, la abasteció de carne; Josefa M. de Ruiz Huidobro hizo una colecta entre las señoras; el capitán Mateo Gallego, del regimiento de Soria, reunió entre los hacendados del cuerpo 50.000 pesos; el comercio dió gratuitamente 161.000 pesos, y prestó sin interés para serles devueltos cuando se pudiera, 91.000 pesos.

Dada la orden de marcha, Liniers salió de Montevideo, el 23 de Julio, al mando del ejército de tierra, aclamado por el pueblo; y Concha,

al mando de la escuadrilla de 6 zumacas y 17 cañoneras zarpó para la Colonia en la noche del 27, habiendo dado á Mordreille el mando de la vanguardia de 8 cañoneras de voluntarios, y pasando á la vista de la escuadra inglesa.

Ya estaba la escuadrilla en la Colonia, cuando Liniers llegó por tierra.

Allí se presentaron unos 74 voluntarios cuyo mando se entregó al oficial García Zúñiga; á la vez que acudió Puyrredon clamando públicamente por que, perdida la reacción porteña de Perdriel (1) se desistiera de la empresa reconquistadora, que iba á su perdición. Liniers le contestó en presencia de los jefes y oficiales orientales: "Nosotros bastamos para los ingleses"; lo que el auditorio apoyó con una explosión de aplausos.

El dia 3 aparecieron en observación de la Colonia una fragata y un bergantín inglés; pero con la ventaja de su poco calado, la escuadrilla los cañoneó hasta ahuyentálos; distinguién-

(1) Senteñac y Llach eran dos patriotas que se proponían volar la fortaleza y el cuartel del 71; habiendo acordado con Puyrredon y Olavarria que reunirían una fuerza para embestir á los ingleses cuando volaran las minas. Con este objeto se reunieron en Perdriel 500 hombres con 4 obuses y 2 pedreros; que descubiertos y atacados por Berresford con 450 hombres, se desbandaron arrojando armas y obuses, de modo que solo á tres de ellos alcanzaron las balas inglesas.

dose en esa operación los tenientes Romarate y Michelena, y los marinos particulares Castro y Arraga.

Según el estado de la expedición allí formado la fuerza terreste era de 1.000 hombres, con los 73 de Mordreille; y la marina de más de 500 hombres.

En la misma noche y con mal tiempo zarpó la flotilla; que amaneció el dia 4 á la vista de Buenos Aires y de la escuadra inglesa; por lo que se dirigió á las Conchas (en vez de los Olivos); fondeó allí á las 9, y concluyó el desembarco á las 10 a. m. con 20 obuses y 3 cañones; trasladándose luego á la colina de San Fernando.

Despues el 2.^o jefe, Concha, desembarcó 80 marineros de línea, mandados por Michelena, y más de 250 marinos y soldados voluntarios, mandados por Cándido Lasala, Morareille, Murguiondo y Arraga, con dos cañones de á 18; dejando abordo los hombres necesarios para combatir.

Esos voluntarios de mar y tierra con una compañía de Dragones formaron la reserva mandada por Concha.

El ejército se dirigió á San Isidro, con gran temporal de viento y agua; acabando por detenerse en el pueblo, para abrigarse de la tormenta, que duró hasta el 9.

Allí se presentaron unos 150 hombres á pie, y 50 montados; todos desarmados, sirviendo solo los de caballería para descubiertas; á la vez que se reprodujo junto á todos los jefes la insistencia en disuadirlos del ataque á la ciudad.

Concluido el temporal, marchó el ejército el 9 hasta la Chacarita; en la mañana del 10 oyó una misa del P. Larrañaga; y continuó la marcha hasta los Corrales de Miserere (plaza del Once); donde á las 10 a. m. se incorporó Olavarria, con unos cuantos vecinos de Lujan, que trajan el pendón de la Villa.

Desde allí, á las 12 m., el señor Liniers intimó rendición al jefe del ejército invasor, mayor general Sir Guillermo Carr Berresford, quien contestó "Que se defendería hasta donde indicara la prudencia."

Dióse la orden y marchó el ejército en dos columnas por diferentes calles, en dirección casi nordeste, por las inmediaciones de la Recoleta, buscando el apoyo de la flotilla; y de allí al este, para apoderarse del Parque y Plaza de toros, al norte de la ciudad, en el Retiro; gran plaza que como la Fortaleza, estaba sobre la barranca, en la ribera; á 1.500 metros una de otra, y en comunicación directa por el *Bajo* y las calles inmediatas de la Merced (Reconquistta) y la Catedral (San Martin).

En esta travesía, los orilleros, faltos de armas para pelear, transportaban la artillería por entre lodaizales y pantanos, con un entusiasmo y rapidéz prodigiosos.

La vanguardia de 120 Miñones, mandados por el capitán Bufarull y el teniente Grau, y seguida de una compañía de Granaderos con 2 obuses, llegó la primera; acometió y se apoderó del Parque y Plaza de Toros, defendidos por 200 ingleses; haciéndoles muchos muertos y 12 prisioneros: ganaron los 10.000 pesos de Magariños; pero ya encontraron todo destruido en el Parque.

Presentándose en seguida Berresford, á la cabeza de 500 hombres, con dos cañones, á recuperar el punto ó vengar el descalabro: flanqueado con los voluntarios de Montevideo, mandados por Gonzalez Vallejo y ametrallado por los obuses de Agustini, fué rechazado con pérdida de un capitán de artillería, 30 hombres y un cañón.

Luego llegó el ejército al Retiro, y apenas tomó posesión del punto, oscureció.

Los orientales quedaron en el Retiro, defendiendo sus avenidas con 5 piezas; y extendiendo sus avanzadas á unas 2 ó 3 cuadras en dirección al enemigo.

Los ingleses se reconcentraron á unos 1500 metros al sud, en la Fortaleza y Plaza Mayor

(hoy Mayo); que era un cuadrilongo de 300^o metros largo en dirección este-oeste, edificado por ambos lados; y de 120 metros ancho, edificado por el oeste y por el este, cerrado con la Fortaleza, defendida por una muralla de 10 metros alto, foso, puente levadizo á la plaza y 35 cañones. Este cuadrilongo estaba dividido en dos cuadrados iguales por la Recoba; azotea- baja en dirección norte-sud, de unos 100 metros largo y 20 metros ancho, abierta en los extremos y en el medio por un alto y grande arco, frente al puente de la Fortaleza.

A todo ese recinto desembocaban: por el norte las calles Catedral (San Martín), La Merced (Reconquista) y el Bajo, en que hacia de puesto avanzado inglés, el cuartel de Ranchería; por el oeste, la calle de Las Torres (Rivadavia) y Cabildo (Victoria); y por el sud, las de El Colegio (Bolívar) y San Francisco (Defensa); avenidas guardadas con 25 cañones, 5 morteros, 4 obuses y los fusileros, que coronaban todas las azoteas del cuadrilongo y Recoba; con dos reservas, en la extremidad del cuadrilongo opuesta á la Fortaleza: una abrigada en el frente de la Catedral, y la otra en el Cabildo.

Por el poco calado de su flotilla, los orientales estaban en comunicación con ella; mientras que por la razón contraria, y por la temeridad de la flotilla oriental, Berresford no esperaba

auxilio de la escuadra inglesa; que en el temporal habia perdido 5 cañoneras y varios botes; habiendo llegado á escribirle Popham: «que temia algun ataque de los desesperados de Montevideo.,,

Los dos triunfos del 10 fueron de extraordinario efecto: inspiraron á los orientales desprecio por el enemigo vencido dos veces en un dia; y la segunda, bajo el mando de su general; dieron gran aliento á los bonaerenses levantando el espiritu deprimido por el desastre de Perdriel.

En la noche, los orientales hicieron junta de guerra sobre las operaciones del dia siguiente (el 11); y estando en ella, Senteñach, Dozo y Valencia presentaron sclicitud de permiso para reunir 600 hombres en auxilio de la expedición. Les fué devuelta con decreto aprobatorio, y nada reunieron.

Desde esa noche hasta la mañana del 12, resonó constantemente el tiroteo de las avanzadas orientales (á que solian agregarse tiradores de la ciudad), con las avanzadas inglesas.

En la mañana del 11, se incorporó Juancito Vazquez, con 150 voluntarios á pié y desarmados; era éste un teniente de milicias, oriental, prestigioso por la intrepidez con que habia defendido el puente de Barracas contra los ingleses; luego 20 milicianos rezagados de la Colonia;

100 soldados de los que andaban ocultos por la ciudad, y unos 150 Blandengues; toda gente deshecha, sin armas ó mal armada, aunque resuelta; pero no había armas para darles.

Temprano se cambiaron las cureñas de los dos cañones de 18, llegados de las Conchas.

Durante el dia, sospechándose por las señales, que la escuadra inglesa combinaba con Berresford un ataque al Retiro, se mandó al teniente de navio Juan Vargas, que lo simulara con la flotilla contra la escuadra inglesa, para distraerla. Advertido por Popham, principió á cañonear el Retiro; de donde se le contestó con una batería improvisada, que hizo retirar los buques ingleses, destruyéndoles una cañonera, desarbolando una fragata armada y abatiendo el pabellón de otra, con aplauso del ejército.

Con todo el concurso de voluntarios y de soldados mal armados, en la noche del 11, el ejército llegó á componerse de 1900 hombres.

Al amanecer del 12, las avanzadas de Bufarrull con los miñones de Montevideo y Mordreille con los marinos voluntarios, estando ya á unas dos cuadras de la Fortaleza y Plaza Mayor, en buenas posiciones próximas al *Bajo*, vieron salir por éste á una columna inglesa en dirección y aire de sorpresa al Retiro; y rompiendo el fuego sobre elia en desfile, por las aceras, bajo la neblina, la obligaron á replegarse acosándola en la retirada.

No cesaba el ruido de la fusilería, y se hacia difícil contener el ardor de las fuerzas del Retiro; previa deliberación entre Liniers y Concha, se hizo junta de guerra á las 9 a. m.; y se resolvió atacar á las 12 m., abriéndose camino con la metralla.

Apenas acordado y comunicado el plan, los capitanes de los miñones y voluntarios, que al aclarar habían descubierto y hecho replegar la columna inglesa del Bajo, mandaron pedir desesperadamente refuerzos de hombres y municiones; porque después de haberse apoderado con temeridad del cuartel de la ranchería, á dos cuadras de la Fortaleza, se habían precipitado sobre los cañones que defendían la avenida del Bajo á la Plaza misma; de donde los habían rechazado; según ellos por falta de municiones. En el acto se les enviaron las que pedían, con el refuerzo de una compañía de granaderos dragones.

Entonces resonaron las voces de: “¡avancen!” “¡avancen!” Se hizo imposible detener el ejército y se resolvió atacar inmediatamente el cuadrilongo.

Concha tomó el mando de la reserva en el Retiro con los cañones de batir, y se llevó el ataque en seis destacamentos, todos con artillería.

Atacaron el lado norte:

Por la Merced, Liniers con tres compañías de Dragones, mandados por los capitanes Espina, Pineño y Nuñez, un cañón de 18 y un obus; barrió la calle con su artillería, apagó los fuegos de la inglesa que la defendía, y precedido en el Bajo y caseríos del borde de la barranca por los miguelitos y voluntarios, se detuvo á unas dos cuadras de la Plaza con los Dragones; destacó Nuñez con su compañía y un cañón á proteger la fuerza de la calle Las Torres, y mandó avanzar la reserva del Retiro.

Por la calle Catedral, atacó P. M. García, con la 1^a compañía de Colonia y dos cañones.

Atacaron por el oeste: por Las Torres y el Cabildo, no sabemos qué destacamentos, pero cada uno con un obus.

Por el sur: por el Colegio, B. Chain y Agustini, con una compañía de Colonia y dos cañones; por San Francisco, Chopitea con su compañía de granaderos montevideanos y un obus.

Podría decirse que los primeros destacamentos que llegaron á la plaza fueron: los voluntarios *Miñones* y los de *Montevideo* por el Bajo; y por la Catedral y el Colegio, García y Chain; que llegando á escape hasta los cañones, cuando acordaron los ingleses, se batían á pié con ellos en las boca calles de la plaza; luego apareció Chopitea por San Francisco; pero el combate fué casi simultá-

neo en todas las avenidas; casi á la vez, servidos trezéticamente por el pueblo, los seis destacamentos se vieron peleando por las boca calles y azoteas de la Plaza.

Berresford mandaba á los ingleses desde el grande arco central de la Recoba, que estaba coronada por sus tiradores.

Cuando más se empeñaba el combate en los ángulos de la Catedral y el Cabildo, por la calle Catedral llegó Concha con la reserva, de los marinos de Posadas, la compañía de Vallejo y parte de los voluntarios de Vazquez, y forzando la puerta lateral, de la Catedral, tomó por retaguardia y desalojó la reserva inglesa, abrigada en el fuerte, quitándole un cañón.

Con esto los ingleses principiaron á desalojar y perder posiciones, replegándose á la Recoba; y cuando lo hacían los del Cabildo, Chain, el primero, animando á los suyos, avanzó á pié á la carrera, con su compañía, hacia el grande arco de la Recoba que golpeó con la empuñadura, porque una bala le arrebatara la hoja de la espada; y con su ejemplo, precipitándose todos á la plaza, por todas las avenidas, tembló el pavimento bajo la plantu de los infantes y los cascos de los caballos; tronaron los fusiles, relampaguearon los aceros, llegó á las nubes el clamor de la pelea. En-

tonces el clarin inglés rasgó el aire mandando replegarse, y los ingleses cerrándose, se replegaron al trote, lamidos en sus lados por la muerte, hasta perderse en la Fortaleza por el puente, que se levantó tras el último y primero de ellos: el general Berresford.

En ese torbellino, Puyrredon, ya curado del pánico de Perdriel, consiguió agarrar una banderola del “71 de Highlanders”.

Los orientales ya á cubierto de la artillería de la Fortaleza, gritaron: “¡al asalto!”; y luego los marineros aparecieron aplicando á las murallas escaleras facilitadas en las casas inmediatas. Los ingleses agitaron pañuelos blancos desde la muralla, y despues levantaron bandera de parlamento. Los vencedores ciegos y enardecidos, no veian ni oian; unos hacian fuego contra el parapeto, otros escalaban la Fortaleza por todas partes.

Desde el foso, por el teniente Raymond, Mordreille comunicó á Liniers lo que ocurría; quien por su ayudante Hilarion de la Quintana, mandó intimar á Berresford que se rindiera á discreción:— Se sometió el vencido.

Pero como continuara el clamoreo y el fuego, Berresford se asomó á la muralla y gritó: “¡Não mais fogo!”, luego Quintana agregó á voces: “Está rendida la Fortaleza”; despues un oficial inglés tomó la espada de Berresford y á vista

de todos la arrojó al foso; Quintana la recogió con una correa y la devolvió al general.

Por todas partes se escalaba la fortaleza, resonando los gritos: “¡Enarboleu la bandera española!”

Nadie podía contener á los vencedores desordenados por la pelea y el asalto. El asaltante Vicente Gutierrez, de la goleta Paz, que llevaba oculta una bandera española, se aproximó al general Berresford, se la mostró y le consultó si la enarbolaría; el general aprobó; y al verla flamear sobre la Fortaleza, todo cambió: Todos se convencieron del triunfo.

Sin embargo, como los ingleses se resistieran á bajar el puente hasta que se despejara la plaza, el Mayor General del ejército, coronel Córdoba, penetrando en la fortaleza con Mordreille, dijo al general Berresford: “Esto será inacabable, si el señor general no se presenta al Jefe del ejército”. Berresford pidió garantías contra el furor de las tropas victoriosas:—“Garanto la vida de V. E. con la mia”—contestó Córdoba. Echaron á andar en dirección al puente, y al bajarlo, Córdoba gritó: “En nombre del Rey, pena de la vida á quien ofenda ó haga el menor vejámen al general inglés”. Se produjo un gran silencio, abriéronse las tropas, se agregó al grupo el señor Concha y á poco andar los cuatro encontraron á Liniers.

El general Berresford se dirigió al vencedor ofreciéndole su espada, pero Liniers lo abrazó, felicitándolo por la defensa.

Formaron en la plaza los vencedores, Berresford volvió á la fortaleza; y al cabo de un rato salió á la cabeza de la columna inglesa, que rendida á discreción depuso sus armas frente al cabildo.

Se rindieron 1.200 hombres con cuatro banderas, 35 piezas de artillería, sin contar las de la Fortaleza y 1600 fusiles; y se hizo un botín de 130.000 pesos, encajonados para embarcar, que se devolvieron á Buenos Aires; la fragata desarbolada desde el Retiro, y un bergantín cargado de trigo. Los vencedores tuvieron 200 bajas; hicieron 400 al enemigo.

Espina y Pinedo dicen que los ing'eses pasaban de 2.000, porque entregaron 1.600 fusiles, se les había hecho 400 bajas y sus artilleros no usaban fusil. ¿No habría entre ellos aventureros voluntarios?

Desde entonces se desvaneció el señor Liniers, se desentendió de su Jefe el señor Huidobro, y trató de entenderse con los reyes y emperadores.

El júbilo de Buenos Aires no tuvo límites: una comisión del Cabildo pasó á cumplimentar á los jefes y oficiales orientales; los particulares los colmaron de atenciones y obsequios; el mis-

mo Cabildo gratificó con 25 pesos á cada soldado expedicionario, y cuatro dias despues del triunfo ofició al Cabildo de Montevideo diciéndole: “...Cuando esta ciudad *reconquistada el 12 del corriente por las tropas que se presentaron* al mando de don Santiago Liniers ha llegado á cerciorarse de los oficios que ha hecho V. S. y parte que con ese vecindario ha tomado en la reconquista, no halla expresiones con que manifestaros su gratitud. Cuanto pudiera decirse es nada con respecto á los sentimientos que le asisten...”

Pero luego se produjo el reverso de todo proceder bonaerense.

Advertidos por los oficiales orientales acuartelados en Buenos Aires, de que la ciudad libertada pretendía ser dueña de los trofeos de la victoria de sus libertadores; el 22 del mismo Agosto, el brigadier Ruiz Huidobro y el Cabildo de Montevideo los reclamaron del de Buenos Aires; este consultó á Liniers, quien como delante del ejército acababa de firmar dos falsas capitulaciones de Berresford, por alhagarlo (las que Concha no quiso cumplir), ahora pensando que libertado Buenos Aires, el Jef. Supremo era la capital, por alhagarla prescindió de sus deberes respecto del superior y del ejército vencedor, opinando que los trofeos eran de Buenos Aires; lo mismo pensó la Audiencia; acordando

todos que se contestara con el silencio; y creyendo justificarlo, el Cabildo estableció en una acta reservada: "...que era una temeridad pretender arrogarse la gloria de una acción, que ni aún hubieran intentado los de Montevideo, á no contar con la gente y auxilios que estaban dispuestos en Buenos Aires..." (los declarados por Pueyrredon en la Colonia y en San Isidro).

Según esta acta, ya la ciudad *reconquistada* no lo había sido *por las tropas que se presentaron*; los libertadores no habían libertado á Buenos Aires, era *una temeridad* que pretendieran haberlo hecho; no lo habrían conseguido sin el desbande de Perdriel: todo se debía al pueblo bonaerense, porque la banda no había ejecutado el himno triunfal, ni era de ella su brillante ejecución en marcha, ni eran suyos los laureles de la obra; que todos eran de los orilleros y pílluelos, que asombrados la habían acompañado por las calles llevándole los atriles.

Enviada á España la reclamación por el Cabildo de Montevideo, la Corte creyó cortar y conciliar tan feo asunto por una Real Cédula en que concedió á la ciudad de Montevideo el título de *Muy Fiel y Reconquistadora*; facultad de usar la distinción de Maceros, y que al escudo de sus armas añadiera: *abatidas las banderas inglesas que apresó en la Reconquista*"; etc., etc.

Nunca hemos visto tal escudo, que es la cristalización de una gloria nacional.

Entre tanto lo que tan mal compensó Buenos Aires, por la rapidéz y éxito de la acción, fué parte para que desistiera Inglaterra de la idea, recién realizada en el Cabo, de tener un pié en cada extremidad sud de los continentes, fué eficacísimo ejemplo y lección para que con sus 70.000 habitantes, largas y fangosas calles de casas bajas, Buenos Aires se resolviera á luchar, y el 6 de Julio de 1807, castigara gloriosamente en ellas la loca entrada de 12.000 conquistadores; y también templó á los orientales para los desesperados combates de Maldonado y Gorriti, y para la más tenáz y brava lucha que se halla visto en el Plata: aquella en qué, disuelto y huido el imbécil Sobremorte, el recinto de Montevideo, entonces de un kilómetro de largo y medio de ancho; sin murallas en parte, sin foso ni estacada; con portones de barraca, una ciudadela desplomándose y dominada á 600 metros; defendida en tierra con 106 cañones, 1.600 reclutas y vecinos y 250 dragones argentinos, contra 6.000 veteranos y 5 baterías; y en el puerto por cañoneras acoderadas, contra una escuadra de cien velas que rodeaba lo demás del recinto arrimada á la costa; con las mujeres y niños guarecidos del bombardeo en las bóvedas; bajo el mando

de Ruiz Huidobro, luchó durante 15 días consecutivos con sus noches, contra centenares de piezas, que lo batían por tierra y agua, enfilaban las calles y bombardeaban todo el interior del recinto; y cuando había compañía reducida á 4 hombres, sin más auxilio que el de 450 soldados de Buenos Aires, entrados por el Cerro con el coronel Arce, la víspera del asalto; dado éste, los ingleses se encontraron con los restos de reclutas de Martínez, García, Viana, Cardozo, Suárez y demás, que después de pelear en la brecha, murallas y escombros, por azoteas, calles y plazas, desde la madrugada hasta las 8 a. m. del 3 de Febrero, al fin cayeron, matando en el dia más de 600 enemigos, con 2 coronelos y 23 oficiales, hiriendo á otros tantos, que llenaron hospitales é iglesias; dando á las llamas y las aguas toda la flotilla; citándose los marinos para la defensa de Buenos Aires; y rindiéndose el último en la ciudadela el Brigadier Ruiz Huidobro.

La plaza “*Independencia*” es la plaza “*Huidobro*.”

¡Gloria á los vencidos en Montevideo el 3 de Febrero de 1807!

¡Gloria á los vencedores en Buenos Aires el 6 de Julio de 1807!

Y no olviden los orientales que por pri-

mera vez en las regiones del Plata, en Montevideo á 18 de Julio de 1806, el pueblo declaró cesantes todas las primeras autoridades constituidas en el Virreinato por la metrópoli; eligió y nombró otras; y emprendió guerra extranjera hasta triunfar y libertar á un pueblo hermano; que no diremos como le ha correspondido desde entonces hasta hoy.

Julio de 1896.
